LA· DESGRACIADA ROSAURA

Breve relación de sus infurtunios, modo como fué hallada y castigo ejemplar de sus infames seductores

---

Sobre una alfombra de flores,
cercada de hermosas plantas
adonde las avecillas
tienden sus pintadas alas,

Y con su música alegre
al Rey del cielo dan gracias.
En la gran Sierra-Morena,
de tantos delitos causa,

Amparo de aquel que ofende,
defensa del que mal anda,
me puse sentado un día
cansado de andar á caza.

Arrimado á un duro tronco,
discurriendo en cosas varias
oí una voz tenebrosa
que sonaba en la montaña.

Estuve atento por ver
si era persona humana;
atención, que así decía
estas siguientes palabras:

«Tirano amor, pues tú ha sido
la causa de mi desgracia,
dispara tus duras flechas
contra el que así me maltrata.

Amante falso y traidor,
¿como me dejas sin causa?
en tan terrible miseria
y de la muerte cercana?

Sacra Virgen del Rosario,
mi princesa y abogada,
alcanzadme que confiese
porque no peligre mi alma.»

Puse el rostro en mi escopeta;
bien prevenido de balas,
por el eco de la voz
llegué á parar donde estaba.

Ví á una temprana belleza
á un duro tronco amarrada,
desmelenado el cabello
y de ropas despojada.

Como ví tal hermosura,
no pude hablar palabra;
viéndome algo suspenso
de esta suerte me hablaba:

«Llega, mancebo, no temas
que yo soy persona humana,
y mis pecados me tienen
en el sitio en que me hallas.

Desátame y te diré
mi pena, fatiga y ansia,
y también los alevosos
que son de mi mal la causa.»

Compadecido el mancebo,
un fuerte cuchillo saca,
cortó los gruesos cordeles
que aquel ángel sujetaban.

Se quitó luego el gaban,
encima se lo arrojaba,
cubriendo sus blancas carnes,
que con el sol se comparan.

Mirando á un lado y otro,
vió estar entre unas matas
la ropa que siempre fué
de aquel desengaño causa.

Que es como dice el adagio
quien entre los antiguos anda,
que por la jaula conocen
el ave que dentro estaba.

Ella suspira y solloza,
pidiendo al cielo venganza,
y vistiéndose le dije:
Por Dios, hermosa Diana,

Por la Virgen del Rosario
que me digas lo que pasa.
agradecida responde
estas siguientes palabras:

«Has de saber, noble joven,
que en Trujillo fuí criada,
hija soy de un caballero
que don Diego el se llama.

De Castro por apellido,
que es de lo mejor de España,
mi madre es doña Isabel,
de Mendoza titulada.

Y por gusto de padrinos
á mí me llaman Rosaura,
tan amada en mis principios
como ahora desgraciada.

Vivía pared en medio,
más abajo de mi casa,
un hijo de un labrador
de hacienda algo moderada.

Mozo galán y valiente,
hermoso y de lindo traje,
que se llevó mi afición
y me amó con vigilancia.

Más como las cualidades
unas con otras no igualan,
tuve lugar una noche
para escribirle una carta.

Dándole á entender por ella
que me saque de mi casa,
y que sea con secreto
y con cautelosa maña.

Mas el alevoso amante
á un primo cuenta le daba
suyo, que traidor infame
fué causa de mi desgracia.

A los catorce de Agosto
me sacaron de mi casa,
bien prevenida de joyas
y de muy costosas galas.

Como al presente las ves
que ellas mismas lo señalan,
quince días caminamos
cabales por sus jornadas;

Hasta llegar á este sitio,
encubridor de mi infamia,
aquí los dos demostraron
con intención tan dañada,

Para marchitar la rosa
que de muchos fué envidiada,
aquí me gozaron ambos;
Jesús que suma desgracia!

Sin temer la justa ira
del Señor que los miraba,
luego el alevoso primo
dijo que me desnudara.

Así que en carnes me vieron
entre ambas manos me atan,
y él sacando una pistola
el fuerte muelle levanta,

Para quitarme la vida;
más mi amante le estorbaba
diciendo: No quiera el cielo,
que pues yo he sido la causa

De que esta doncella pierda
su honor, se haga tal infamia:
aquí la pienso dejar
entre esas espesas matas;

Acompañada de fieras
que por estas breñas pasan,
que ellas le darán la muerte
mal merecida y sin causa.

Se fueron y me dejaron
como la flor en la escarcha;
tres días há que no como
cosa que me dé sustancia;

Sino estas amargas hierbas
que con mi boca alcanzaba.
Esta es mi historia y te pido
te duelas de mi desgracia.

Que me acompañes y lleves
á la ciudad más cercana,
porque desde allí pretendo
se castigue tal infamia.

Por la mano la tomé,
y á una quinta la llevaba,
donde le dió de comer
un amigo que allí estaba

Supo el suceso. y leal
le ofrece con mano franca
su ayuda y un buen caballo,
que más que el viento volaba;

Y el valor de su persoua
para ir en su compañía.
Dispusieron el viaje,
y á Córdoba caminaban.

Y en la pnerta del Rosario,
(donde pretendió dejarla),
le echó los brazón al cuello,
y de esta suerte le habla:

«Adiós y ruego al cielo,
que sea tu dicha tanta,
que logres tu buen deseo
y después la gloria santa.»

Ella responde: Mancebo
noble, la virgen te valga,
y tu acción heroica premie
el alto Rey de la gracia.»

Sentóse en el duro suelo
aquella rosa temprana,
aguardando por minutos
la brisa de la mañana.

Para arrojarse animosa
al intento que llevaba,
fuese á casa don Francisco
de los Ríos, noble dama;

Y á un criado le pregunta,
si está su señor en casa;
y al instante respondió:
Su merced está en la cama.

Sin aguardar más razones,
allá dentro se arrojaba,
y arrimada al blando lecho,
de esta manera le habla:

«Conocerás, señor mío,
á la que disteis el agua
del bautismo allá en Trujillo
y le pusisteis Rosaura.

Has de saber que yo soy
la que nunca se criara,
pues soy la mujer más frágil
que se ha visto ni se halla.

Por fiarme del amor,
perdido mi honor se halla,
mira bien mi tierna edad
que de quince años no pasa.

No mires el mal sarmiento,
sinó el árbol donde baja,
que si bien lo consideras,
cierta será la venganza.

Dos traidores me han robado,
sacándome de mi casa,
y me han quitado el honor
en Sierra Morena brava.

Oyendo esto don Francisco,
de la cama se levanta,
y al punto llamó al criado
que un caballo le ensillara.

Y antes de partir dispuso
dejarla depositada
con su hermana en un convento
que de Santa Isabel llaman

Camina luego á Trujillo
y un criado le acompaña,
que quiere entrar en secreto
porque no se sepa nada.

Fuese á casa de don Diego
y alegre le saludaba,
y luego le preguntó
por su querida Rosaura.

Le respondió pensativo
don Diego estas palabras:
«Hará más de veinte días
que se salió de mi casa;

Sin poder hallar persona
que me diga donde para
siendo en mi casa un espejo
en quien todos se miraban.»

Oyendo esto don Francisco,
sacó del pecho su carta
á don Diego se la dió,
que la recibe y le abraza.

Y mirando el sobre escrito
de puro gozo lloraba,
porqué conoció la letra
de su querida Rosaura.

Más dentro iba el pesar;
que es cosa muy ordinaria,
que no hay placer sin disgusto
en aquesta vida humana,

Abrióle, y hallando dentro
á los que le agraviaron,
al señor Corregidor
del caso cuenta le daba.

Al instante los prendieron,
y sustanciada la causa,
el juez con recta justicia
á muerte los condenaba.

Los meten en la capilla
llorando y al cielo claman,
pidiendo misericordia
á la Virgen soberana.

Los sacaron de la carcel
por las calles ordinarias,
diciendo: «Este es el castigo,
que nuestra justicia manda.»

Se ejecuta á estos hombres,
pues hicieron tal infamia;
llegaron hasta el suplicio
con ánimo y vigilancia.

Subiéronlos á lo altos,
y ellos con mortales ansias,
antes de acabar el Credo
á Dios entregan sus almas.

Acabado, en los caminos
ponen sus cabezas ambas,
por ejemplo de atrevidos,
y escarmiento al que mal anda.

Luego el noble don Francisco
se volvió á su amada patria,
y Rosaura en un convento
con ejemplar vida pasa.

Aquí da fin la historia
de la infelice Rosaura.
Dios la dé su santa gloria
cuando de esta vida pase.

FIN